

ECONOMÍA PRIVADA Y EL PERSONAJE

POR ROGELIO DI

FOBIAS CRIOLLAS.--ORIENTACIONES

En Cuba el humorismo es indispensable a la filosofía. No hay quien resista una serie prolongada de razonamientos escuetos. Ante el temor de convertirnos en rompe-grupos debemos apelar a aquél para endulzar y suavizar la amarga y áspera píldora de la verdad desnuda. Veamos cómo nos sale este discurso.

La filosofía es patrimonio de todos; sus frutos varían según la mata que cada cual tenga en su respectiva mollera. La publicación de nuestros pensamientos tiene la ventaja de que por ellos se nos juzga y una de dos: o cobramos fama de talentosos o logramos que el lector, al fijarse en nuestro nombre a la cabeza de una plana impresa, imprima un rápido movimiento a la hoja para evitar la lata.

Exponiéndonos a fabricar hoja de lata, entraremos en materia. Aludir primero a nuestras costumbres individuales y privadas. No será necesario detenernos en su enumeración. Un examen de conciencia permitirá al lector juzgar de la certeza de nuestras deducciones. Somos un pueblo limpio—nuestra actividad jamás flaquea en cuanto a nuestro aseo personal se refiere. Somos un pueblo trabajador: el que más y el que menos dobla el lomo. Somos aficionados a darnos gusto, y tenemos fama de vivir bien. Repito que esto es lo que ocurrirá con cada cubano, individualmente considerado. Esto necesitamos y esto tenemos: nunca un mal entendido sentimiento de economía nos privó de una necesaria satisfacción. De pies a cabeza somos irreprochables en el vestir; podremos prescindir del futuro por atender al presente, pero lo que es la plata nos la gastamos bien. Claro es que no hay regla sin excepción y que, en punto a elegancia, tenemos exponentes de todos los matices y grados, desde la sencillez de un noble, hasta la chillona y multicolora ostentación del reciente adinerado que tuvo la mala suerte de carecer de cuna. Mas de San Antonio hasta Maisí la impresión aislada que todo cubano urbano produce es la del hombre que se cuida de sí mismo. Conste que me refiero al hombre, pero que no excluyo a la mujer, ya que, genéricamente, el hombre es hombre y mujer.

¿No contrasta la actitud individual del homo cubensis con su actitud colectiva? Indiscutiblemente. Las denominaciones oficiales con que en las leyes orgánicas se designan los cargos públicos cuyas funciones consisten en la sustracción de aquellos residuos y detritus que el diario pisotear de los ciudadanos deja en el pavimento de las oficinas públicas, va privando, poco a poco, de su verdadero sentido a las palabras barrer y limpiar, y los criados, convertidos en oficiales clase H, no pueden comprender que con esta categoría sean compatibles aquellos humildes, cuanto necesarias funciones. Pero ¿usted se cree que hemos hecho patria para venir a pasar la frazada?

Mas no debemos descender a tan sucio terreno. Elevándonos poco a poco llegamos a las alturas del Poder y a través de toda

esa cadena de órganos administrativos, desde la "mesa" al "Negociado", desde la "Sección", de aquí a la "Dirección", a la "Subsecretaría" y a la "Secretaría", vemos más que empleados que trabajadores que no trabajan no se les paga. Mas por ello no los menciono; pero salgan ustedes en casa). Falta, evidentemente, un factor "pensante". ¿Dónde debe estar el factor "pensante"? Su lugar más adecuado es a nuestro juicio (y va en serio) en el cerebro. No es posible, en efecto, que el cerebro (que siempre se considera mal pagado) vaya a ponerse a pensar en las reclamaciones de la eficacia de la gestión administrativa, para exponerse a que quien quiere ser más que los demás sea usted bobo—le dirán—: ocúpese de los asuntos y aléjese de meterse a referir.

Mas, señores, el reformador ha de surgir en el Congreso, y ante el Partido Político. Decir el Partido Político es decir el pueblo mismo. Decir el pueblo mismo es decir cualquiera de los que lo integran; es decir el individuo que a sus intereses personales a sus intereses colectivos.

Cuando se nos rompe el calzado por el extravío de un pañuelo, se nos cae la ropa, consumimos nuestros víveres para decir lo más—, perdemos un miembro de nuestra familia, la reposición o el arreglo no son indispensables, haya o no casa. La imaginación tropical es febril en medios económicos y el pago, al cabo, se hace—aunque tengamos fama de pagadores.

Con los recursos de Liborio tenemos una arma más poderosa que la mera voluntad individual. La voluntad individual, cuando de brujería manifiesta, suele estrellarse contra la frialdad de los agenos corazones. La voluntad social, expresada por una ley, tiene eficacia ultra-tumba, y no me grava el bolsillo de los presentes de la hacienda de nuestros nietos. Es increíble, que la falta de recursos se excusa frente al abandono de las necesidades.

He aquí, sin embargo, que los criollos se pezan con los efectos de innatas pasiones que nos impiden dar rienda suelta a las más nobles pasiones—porque, cuando de paso, en pensar y en sentir, cuando podemos ser maestros. ¿Por qué ese temor, ese miedo irresistible, esa turba por expresar nuestros buenos pensamientos y nuestros sentimientos nobles?

Hablamos, a veces, demasiado; pero hablamos de cosas triviales. Cuéntase de un catalán—y sabido es la fama de serio que tienen los catalanes—que criticando a un frivolidad hubo de decir algo parecido a "Desde que los criollos visitan el Casino de Matanes, no hay moralidad; no hablan que del pie chiquito, del vals strachinsky y del tócame los mollers". Sin duda, que el tema común de nuestras conversaciones es la simple narración de las cosas pasadas,

Empiezo por declarar que el verdadero estudio sobre la psicología del candidato, no le falta más que un pequeño detalle, detalle insignificante... ser realidad un estudio. Como usted ven, le sucede lo que a aquella mujer del cuento, que por ser bella no le faltaba más. ¿Que dejar de ser horriblemos fea... Casi nada.

Desde hace tiempo buscaba sin poder encontrarla, la causa de por qué resultaban postulant, después muchos de ellos e ramente ineptos, sin prestigio cial, político ni intelectual ninguna clase.

Es que nuestro pueblo, me decía yo, no sabe distinguir entre el hombre de valer y el ignote, entre el político digno y político de desecho, entre los daderos próceres y padres de patria y las nulidades y mat de comité?

Y este problema, que tanto bajo me costó, inútilmente, cionar, lo acaba de resolver pasados, de una manera meridiana, diáfana, mi ilustre querido maestro el sabio cático de la Universidad, Dr. Dolz.

“La democracia ha fracasado”, declaró el Jefe del Partido Conservador en un discurso moso ya. “El pueblo no gana. Sobre el pueblo están los tidos políticos, ellos gobiern ellos dirigen a la multitud, inspiran”. ¡Eureka!

Saquemos ahora, nosotros consecuencias. En las declaraciones del Dr. Dolz no está to solución del problema; se extra solo parte de ella.

Tal como se halla hoy d organizada nuestra política, mos decir, que ni siquiera s partidos los que gobiernan os visto, en nuestros do os, que se han anulado l fusiones de sus asambleas, a más representaciones del pa

mas representaciones del pa tras más nobles pasiones—porque, cuando de paso, en pensar y en sentir, cuando podemos ser maestros. ¿Por qué ese temor, ese miedo irresistible, esa turba por expresar nuestros buenos pensamientos y nuestros sentimientos nobles?

Ved como, en la evolución política de las nacionalidades, mos ido pasando, del absoluto gobierno de uno, a la aristocracia o gobierno de una clase, a la democracia o gobierno del pueblo; luego, según n maestro, en gradual r gobierno de los part

gobierno de los part e clases también; según mi ampliación del Dr. Dolz, al os Jefes políticos, io... ¡Las vueltas

oct. 10/1916

ECONOMÍA PRIVADA Y ECONOMÍA PÚBLICA

232

POR ROGELIO DE ARMAS

FOBIAS CRIOLLAS.--ORIENTACIONES DEL CHOTEO

En Cuba el humorismo es indispensable a la filosofía. No hay quien resista una serie prolongada de razonamientos escuetos. Ante el temor de convertirnos en rompe-grupos debemos apelar a aquél para endulzar y suavizar la amarga y áspera píldora de la verdad desnuda. Veamos cómo nos sale este discurso.

La filosofía es patrimonio de todos; sus frutos varían según la mata que cada cual tenga en su respectiva mollera. La publicación de nuestros pensamientos tiene la ventaja de que por ellos se nos juzga y una de dos: o cobramos fama de talentosos o logramos que el lector, al fijarse en nuestro nombre a la cabeza de una plana impresa, imprima un rápido movimiento a la hoja para evitar la lata.

Exponiéndonos a fabricar hoja de lata, entraremos en materia. Aludir primero a nuestras costumbres individuales y privadas. No será necesario detenernos en su enumeración. Un examen de conciencia permitirá al lector juzgar de la certeza de nuestras deducciones. Somos un pueblo limpio—nuestra actividad jamás flaquea en cuanto a nuestro aseo personal se refiere. Somos un pueblo trabajador: el que más y el que menos dobla el lomo. Somos aficionados a darnos gusto, y tenemos fama de vivir bien. Repito que esto es lo que ocurre con cada cubano, individualmente considerado. Esto necesitamos y esto tenemos: nunca un mal entendido sentimiento de economía nos privó de una necesaria satisfacción. De pies a cabeza somos irreprochables en el vestir; podremos prescindir del futuro por atender al presente, pero lo que es la plata nos la gastamos bien. Claro es que no hay regla sin excepción y que, en punto a elegancia, tenemos exponentes de todos los matices y grados, desde la sencillez de un noble, hasta la chillona y multicolora ostentación del reciente adinerado que tuvo la mala suerte de carecer de cuna. Mas de San Antonio hasta Maisí la impresión aislada que todo cubano urbano produce es la del hombre que se cuida de sí mismo. Conste que me refiero al hombre, pero que no excluyo a la mujer, ya que, genéricamente, el hombre es hombre y mujer.

¿No contrasta la actitud individual del homo cubensis con su actitud colectiva? Indisecutiblemente. Las denominaciones oficiales con que en las leyes orgánicas se designan los cargos públicos cuyas funciones consisten en la sustracción de aquellos residuos y detritus que el diario pisotear de los ciudadanos deja en el pavimento de las oficinas públicas, va privando, poco a poco, de su verdadero sentido a las palabras barrer y limpiar, y los criados, convertidos en oficiales clase H, no pueden comprender que con esta categoría sean compatibles aquellos humildes, cuanto necesarias funciones. Pero ¿usted se cree que hemos hecho patria para venir a pasar la frazada?

Mas no debemos descender a tan sucio terreno. Elevándonos poco a poco llegamos a las alturas del Poder y a través de toda

esa cadena de órganos administrativos, de la "mesa" al "Negociado", de éste a la "Sección", de aquí a la "Dirección", a la "Subsecretaría" y a la "Secretaría", no vemos más que empleados que trabajan (a los que no trabajan no se les puede ver y por ello no los menciono; pero sabido es que están en casa). Falta, evidentemente, el factor "pensante". ¿Dónde deberíamos hallarle? Su lugar más adecuado debería ser, a nuestro juicio (y va en serio) el Congreso. No es posible, en efecto, que el que trabaja (que siempre se considera mal retribuido) vaya a ponerse a pensar en las reformas que reclama la eficacia de la gestión administrativa, para exponerse a que piensen de él que quiere ser más que los demás. "No sea usted bobo—le dirán—: ocúpese de sus asuntos y aléjese de meterse a reformador".

Mas, señores, el reformador hace falta. Debe surgir en el Congreso, y antes en el Partido Político. Decir el Partido Político es decir el pueblo mismo. Decir el pueblo mismo es decir cualquiera de los ciudadanos que lo integran; es decir el individuo mirando a sus intereses personales a través de sus intereses colectivos.

Cuando se nos rompe el calzado o sufrimos el extravío de un pañuelo, se nos acaba la ropa, consumimos nuestros víveres o—para decir lo más—, perdemos un miembro de nuestra familia, la reposición o el entierro son indispensables, haya o no dinero en casa. La imaginación tropical es fecunda en medios económicos y el pago, al fin y al cabo, se hace—aunque tengamos fama de malos pagadores.

Con los recursos de Liborio tenemos un arma más poderosa que la mera voluntad individual. La voluntad individual, en caso de brujería manifiesta, suele estrellarse contra la frialdad de los agenos corazones, más fríos mientras más acompañados del metal. La voluntad social, expresada por medio de una ley, tiene eficacia ultra-tumba, y lo mismo grava el bolsillo de los presentes como la hacienda de nuestros nietos. Es, pues, increíble, que la falta de recursos sea una excusa frente al abandono de las públicas necesidades.

He aquí, sin embargo, que los criollos tropezamos con los efectos de innatas fobias, que nos impiden dar rienda suelta a nuestras más nobles pasiones—porque, dicho sea de paso, en pensar y en sentir, cuando queremos, podemos ser maestros. ¿Por qué, pues, ese temor, ese miedo irresistible, esa turbación por expresar nuestros buenos pensamientos y nuestros sentimientos nobles?

Hablamos, a veces, demasiado; pero hablamos de cosas triviales. Cuéntase de un catalán—y sabido es la fama de serios que tienen los catalanes—que criticando nuestra frivolidad hubo de decir algo parecido a esto: "Desde que los criollitos visitan el Casino Español de Matanes, no hay moralidad: no más hablan que del pié chiquito, del vals straus y del tócame los mollerus". En duda, que el tema común de nuestras conversaciones es la simple narración de las cosas pasadas,

principalmente en cuanto se relacionan con temas amorosos, de choteo o de guapería.

Mi amigo Emilio Roig de Leuchsenring eleva el choteo a la categoría de la más grande de nuestras virtudes. Esto, como todo, tiene sus limitaciones, porque hay tiempos de chotear y tiempos de pensar en serio, aunque no sean incompatibles el humorismo en la forma de expresión, con la seriedad de la idea capital.

Es, pues, indispensable, dar orientaciones al choteo criollo, o sea al humorismo cubano. Mezclemos, pues, cual estimulante condimento, ese humorismo innato que nos salva de muchas ridiculeces, con la indispensable necesidad de pensar en nuestro porvenir (ya que el presente es un instante pasajero), desde el punto de vista de la íntima relación que existe entre nuestro interés privado y nuestro interés público.

Eduquémonos contra nuestras aludidas fobias. El denominador común—como diría nuestro gran Lanuza—de nuestras relaciones sociales económicas (dígase productivas) es, por regla general, el abuso y la desconfianza. De aquí nuestra fobia hacia esas simpáticas corrientes de atracción que en otros pueblos se fomentan entre el capital y el trabajo; de aquí nuestro temor a pasar por bobos, cuando simplemente tratamos de ser nobles y generosos.

Otro temor nuestro es el temor a pasar por cobardes. La dignidad exige... indignidades. La violencia, el manoteo, los gritos enfurecidos, el poner espantosa cara y el invitar al contrincante a todos los terrenos, son secuelas naturales de dicha fobia, que no obsta a que todo ese temporal, en breves instantes, termine con un "murió" y unas copas a la salud de los que pudieron haber muerto de veras.

Por último, el pensar en serio no es para "entre cubanos". Sin embargo, cuan serios nos quedamos cuando el acaso nos coloca junto a un extranjero que nos desprecia por no atender nosotros en debida forma a nuestras necesidades colectivas. Entonces pensamos; más nuestros pensamientos se reducen a decir horrores de nosotros mismos.

¡Si no servimos para nada! ¿Qué hace el Congreso y el Ejecutivo que no arregla las calles, ni mantiene el número suficiente de escuelas, ni atiende a los demás servicios públicos? Hay que desengañarse: no sabemos gobernarlos". Caen el telón y aquí termina la función. Continúa el arreglar del mundo sin preocuparse de cooperar en el arreglo de la política de su país y las reuniones se limitan siempre a conversar, por conversar, en vez de conversar para resolver y poner en práctica medidas de buen gobierno.

Reunámonos, pues, periódicamente y, animados del mejor humorismo, tratemos con calma y escuchando y rebatiendo reflexivamente los razonamientos agenos, los asuntos de interés público, que son asuntos de los cuales depende el fomento de nuestra hacienda privada.

Camagüey, 1º de Octubre de 1916.

oct. 10 / 1916

DE LA H